

5. La migración laboral en Chile

La década del noventa en Chile debe ser contextualizada en un proceso de recuperación y salida de una crisis que se inicia a mediados de los ochenta. A partir de allí, "el desempeño general del mercado laboral en Chile durante el período 1986-96 fue positivo. Durante este período se crearon más de 1.400.000 empleos (neto), lo que permitió que la tasa de desempleo bajara desde un 10,4% en 1986 a un 6,2% en 1992" (OIT, 1998a). Este nivel de creación de empleo se debe al crecimiento global de la economía del país, la que alcanzó desde mediados de la década de los noventa un ritmo promedio anual de 6,6% del PIB.

El modelo de desarrollo adoptado por este país privilegió como estrategia la participación en los mercados internacionales. Así, se instrumentaron medidas macroeconómicas que garantizaran la estabilidad, junto a una política antinflacionaria y de equilibrio fiscal. La política comercial se orientó a abrir el mercado chileno⁵², persiguiendo una mayor diversificación de productos y mercados y un incremento permanente de la participación de las exportaciones industriales.

La producción para la exportación fue transformándose: en 1985, el 61% de los productos exportados era del sector de la minería y el 25,5% del sector manufacturero; en cambio, en 1997, disminuyó el porcentaje de productos mineros a 48,4% y se incrementaron los de origen industrial al 41,4%. Aunque todavía sigue debatiéndose acerca de la relación entre el empleo y las exportaciones, cabe señalar que, en los últimos años, la estabilidad macroeconómica alcanzada permitió el crecimiento de la producción y del mercado laboral.

La fuerza de trabajo ocupada se inserta fundamentalmente en el sector terciario, en las ramas de comercio, transporte, servicios financieros y servicios, las que en conjunto absorben el 63% de los trabajadores. Por su parte, el sector secundario (minas, manufacturas, electricidad y construcción) concentra al 24% de los ocupados y, por último, el sector primario (agricultura), reúne al 13% de los trabajadores.

Los sectores económicos que crecieron y absorbieron mano de obra son: comercio, transporte y comunicaciones, servicios y servicios financieros. Si bien el sector transportes y comunicaciones tiene un crecimiento en la productividad superior al promedio de la economía, se trata de una actividad relativamente reducida en términos de la participación porcentual en el empleo total. En los últimos años, se evidencia un incremento del sector terciario, que a mediados de los noventa absorbía al 58% de los ocupados y en el primer trimestre del 2002 llega a ocupar al 63% de la fuerza de trabajo, y simultáneamente un decrecimiento de los sectores secundario y primario.

⁵² La apertura comercial se realizó en primera instancia en forma unilateral, y luego siguió una política de concertación de reducción de aranceles sobre la base de convenios y acuerdos bi y multilaterales.

Las ramas de actividad más dinámicas tienden a estructurarse en establecimientos de tamaño mediano y pequeño, como microempresas y empresas de menos de 50 trabajadores, y muy frecuentemente organizan sus actividades en diversas cadenas de subcontratación, provocando con esto una fragmentación del sector y de su fuerza de trabajo.

A mediados de los noventa, mientras casi la mitad de los ocupados se empleaban en empresas con 10 y más trabajadores, el 17% lo hacía en empresas de menos de 10 trabajadores. Dicho en otros términos, el 60,2% de la fuerza de trabajo se desempeñaba en el sector formal, el 33,8% lo hacía en el sector informal⁵³ y el 5,9% en el servicio doméstico.

Independientemente del crecimiento experimentado por la economía, el sector informal continúa representando un tercio del empleo. Si bien la economía ha creado numerosos puestos de trabajo, hay un sector del mercado de trabajo que continúa en el sector informal. Además, debe considerarse que la informalidad aumenta entre los trabajadores de menores ingresos, es decir, que no sólo se trata de una población de bajos recursos sino que también encuentran dificultades en el acceso a los bienes sociales propios del trabajo decente. En los hogares de menores ingresos (quintil I), la informalidad supera al 30% de los ocupados; en cambio, en los hogares de ingresos más altos (quintil V), la informalidad no llega al 23% (OIT, 1998a).

En 1996, el 24% de los ocupados se empleaban sin contrato de trabajo (en 1990 alcanzaban sólo un 17%). Las ramas de actividad donde hay mayor concentración de ocupados sin contrato de trabajo son: la agricultura, seguida por el transporte y las comunicaciones y, luego, por los servicios personales y comunales, la construcción y el comercio. Como frecuentemente sucede, en las empresas de menor tamaño es donde se concentra una mayor cantidad de ocupados sin contratos (cerca del 40%), mientras que en las empresas más grandes (de 10 y más trabajadores) se registra solamente un 14% de ocupados en esa situación (Wormald, Ruiz Tagle, 1999).

Los países en la búsqueda de una inserción internacional acorde con el patrón hegemónico de la globalización implementaron en sus territorios políticas de ajuste macroeconómico y reconversión productiva a fin de poder competir en dicho mercado mundial. Sin embargo, los efectos de estas transformaciones y reorientaciones han impactado en forma intensa y con signos desfavorables sobre el mercado de trabajo. En general, han implicado que una cantidad significativa de personas queda en situación de exclusión social por no poder acceder a un empleo o sólo logra emplearse pero en condiciones precarias. “[...] uno de los rasgos más significativos del nuevo patrón de crecimiento es la reproducción de un importante segmento de trabajadores informales, junto con un contingente de trabajadores que se incorporan a empleos del sector formal en una situación de precarización y desprotección relativa” (Wormald, Ruiz Tagle, 1999).

⁵³ Se considera sector informal a: empleadores, empleados y obreros ocupados en establecimientos de menos de 5 personas; a trabajadores por cuenta propia, excepto los del grupo “profesionales, técnicos y afines” y los familiares no remunerados (OIT, 1998a).

La estrategia de crecimiento asociada a los patrones competitivos externos ha acarreado para la región del Cono Sur distintos costos laborales y sociales. En el caso de Chile, la evolución ascendente de la economía ha permitido crear nuevos puestos de empleo y disminuir los niveles de exclusión más extrema provocado por la desocupación y la consecuente falta de ingresos o pobreza. Pero también se han registrado niveles de exclusión relativa, como la mayor desocupación para los estratos sociales más desfavorecidos o una proporción relevante de empleos sin contrato, esto es, sin protección previsional o social.

En comparación con los países de la región, Chile presenta un mercado de trabajo más dinámico, con bajas tasas de desocupación y moderados niveles de informalidad laboral. Sin embargo, debe considerarse que el crecimiento laboral se produce en condiciones de desigualdad social: "La creación de empleo en el último decenio estuvo asociada a mejoras en algunas dimensiones de la calidad del empleo. Pero el progreso es desigual. Hay dos fenómenos. Uno es la persistencia de una proporción significativa de empleos que son inestables, poco protegidos, con ingresos bajos; empleos que tienen un problema de calidad en varias dimensiones. [...] El segundo es la existencia o la creación de empleos que muestran una combinación de aspectos positivos con insuficiencias en dimensiones específicas: riesgos, protección social, intensidad, estrés" (OIT, 1998a).

El mercado de trabajo chileno se viene desarrollando bajo esta perspectiva de crecimiento y, a su vez, de persistencia de las diferenciaciones sociales internas. Para conocer cuáles son las características más recientes de este mercado de trabajo conviene considerar el nivel de desempleo actual, así como las formas en que se insertan los trabajadores en dicha estructura laboral, y comprenderlos dentro de la tendencia señalada.

Los datos de los Indicadores de Empleo señalan que la desocupación a nivel nacional abarca al 9,1% de la fuerza de trabajo de Chile. A partir de 1999 comenzó a incrementarse esta cifra, que durante los años anteriores había logrado mantenerse entre los rangos de 5,4 a 7,8% y en el período julio-septiembre de 2001 superó levemente el 10%⁵⁴.

El desempleo en Chile afecta en mayor medida a los jóvenes que ingresan al mercado de trabajo (de 15 a 19 años), entre quienes la tasa de desocupación llega a elevarse al 28,3%. A medida que se asciende en la pirámide de edad, la problemática de la desocupación disminuye, alcanzado en los tramos más altos valores inferiores a 1 punto.

La desocupación incide en forma diferencial de acuerdo al género, siendo las mujeres quienes sufren en mayor proporción las consecuencias del mismo (la tasa de desocupación masculina es de 8,7% y la femenina alcanza un 10%). Pese a que la

⁵⁴ Datos extraídos del Informe "Indicadores de Empleo" (Instituto Nacional de Estadísticas, 2002).

economía chilena viene incorporando gradualmente mano de obra femenina, lo hace a un ritmo menor que al de los varones.

La desocupación ha afectado principalmente a los sectores de servicios comunales, comercio y construcción (cerca de la mitad de los desocupados provienen de esas ramas de actividad). Otros rubros económicos que también perdieron puestos de empleo en forma significativa son la industria manufacturera y la agricultura.

En 2002 la fuerza de trabajo de Chile se encuentra conformada por 5.880.400 personas, de ellas 5.344.070 se encuentran ocupadas, desarrollando su actividad económica en las ramas de servicios comunales, sociales y personales, comercio, industria manufacturera y agricultura. Estas cuatro ramas absorben a casi las tres cuartas partes de la fuerza de trabajo.

Los grupos ocupacionales más importantes para la mano de obra son los artesanos y operarios y empleados de oficina y afines (casi un tercio de los trabajadores desarrollan estas ocupaciones). Siguen en importancia los empleos en servicios personales y los agricultores, ganaderos y pescadores, en los que se inserta un cuarto de los ocupados. Por su parte, los vendedores y afines y los profesionales y técnicos absorben algo más del 20% de la fuerza de trabajo. Los ocupados se insertan fundamentalmente como asalariados y cuentapropistas: algo más del 90% se concentran en estas dos categorías ocupacionales (24,5% y 65,8% respectivamente). Los empleadores aglutinan al 3% de los ocupados y el personal de servicio al 4,5%.

Este es el escenario laboral en que los trabajadores inmigrantes se suman a la fuerza de trabajo nativa. Esto significa que, aunque con ciertas especificidades relacionadas con su condición de migrante, están expuestos a los mismos desafíos y perspectivas que la mano de obra local.

5.1. Impacto de los inmigrantes en la PEA

Según los datos de 1992, los inmigrantes económicamente activos sumaban 35.547 personas, lo que representa al 0,7% de la fuerza de trabajo total de Chile en esa fecha. El 25% de la PEA inmigrante está conformada por europeos y el 22,6% por argentinos. Los bolivianos representan un 9,3% de esa fuerza laboral, mientras tanto, los peruanos y otros sudamericanos alcanzan un 15,2%.

Cuando se está frente a una corriente de migraciones laborales es típico encontrar altos índices de participación económica⁵⁵. En efecto, los inmigrantes provenientes de Bolivia, Europa y Perú presentan una alta participación laboral, similar o mayor a la registrada en relación a la población total. En cambio, los argentinos y otros sudamericanos exhiben menores niveles de participación laboral.

⁵⁵ Cálculo que se hace a partir del cociente entre la población total y la PEA de cada corriente migratoria o nacionalidad.

5.2. Caracterización de la fuerza de trabajo migrante: estructura por sexo y edad

La presencia masculina en la PEA migrante resulta ser muy pronunciada: en todas las nacionalidades se observa una mayoría de varones. Algo más del 70% de la PEA de argentinos y europeos está conformada por varones, mientras que en la inmigración boliviana, peruana y la proveniente de otros países sudamericanos, la presencia de mujeres adquiere mayor significación. Este mayor peso femenino en la inmigración latinoamericana (exceptuando a los argentinos) puede estar mostrando cierta tendencia de preferencia hacia la inserción laboral femenina para esta corriente migratoria.

En la fuerza de trabajo total de Chile la participación femenina alcanza al 31,7%, con lo cual un mayor porcentaje a éste, como lo muestran la inmigración boliviana, peruana y de otros países sudamericanos, indicaría una selectividad del mercado de trabajo hacia la mano de obra femenina migrante de esas nacionalidades.

La PEA inmigrante tiene una estructura de edad bastante joven. Los argentinos concentran a cerca de tres cuartas partes de su PEA entre los 20 y 49 años, los peruanos aglutinan al 84% y los otros sudamericanos a más del 90%; en contraste, la inmigración boliviana y europea presentan una PEA de mayor edad. La PEA femenina inmigrante acentúa esta tendencia en las categorías de edad más jóvenes. Probablemente, esta mayor inserción laboral femenina en las edades más jóvenes sea también resultado de ciertos mecanismos de selectividad laboral de la mano de obra migrante.

5.3. Inserción de los trabajadores migrantes según ramas de actividad y grupos ocupacionales

La fuerza de trabajo migrante se concentra principalmente en la rama de servicios y comercio (ambos sectores absorben a más de la mitad de la PEA migrante); le siguen en importancia la industria, las finanzas, el transporte, la agricultura y, por último, la construcción. Resulta necesario destacar que todas las nacionalidades analizadas muestran este patrón de inserción sectorial.

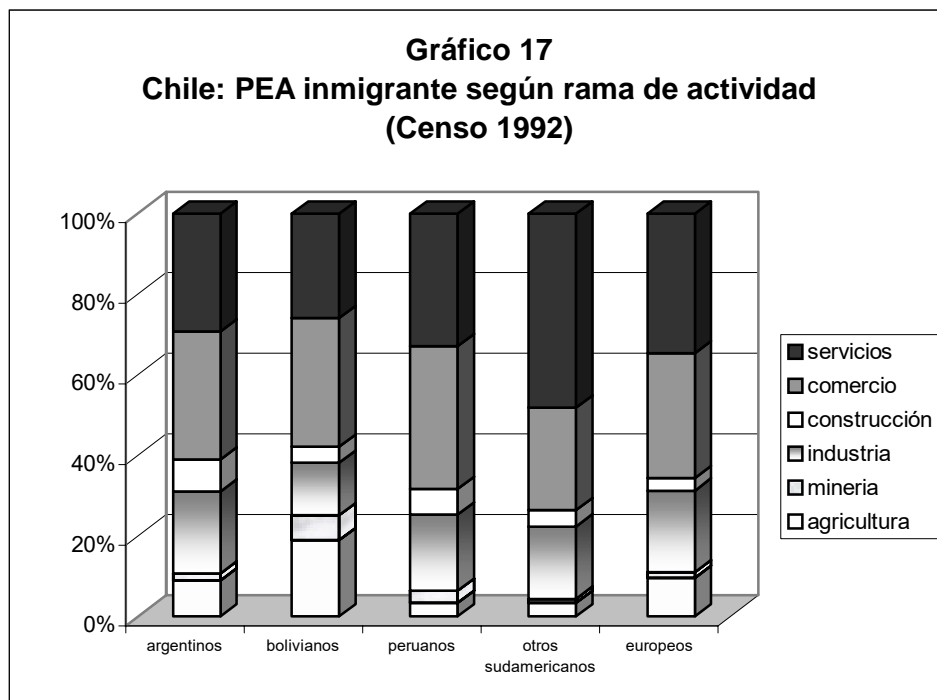
En la PEA argentina, algo menos de la mitad se inserta en comercio y servicios. Por su parte, la inmigración boliviana está muy vinculada al comercio tanto en la región metropolitana como en las zonas fronterizas donde la contigüidad geográfica llega a involucrar a importantes contingentes de personas. Con respecto a la actividad agrícola, los inmigrantes bolivianos muestran una concentración intensa en la agricultura, alcanzando niveles similares a los de la población total (en el caso de los varones, este sector absorbe al 21,5% de su población). Esta actividad también parece tener relevancia en las zonas fronterizas, lugar hacia donde se desplazan los inmigrantes bolivianos para desarrollar tareas de tipo temporales y/o cíclicas. Debe señalarse que un segmento considerable de la PEA boliviana (cerca del 8%) es

empleada en la actividad minera. En cuanto a la inmigración peruana, se constituye en la nacionalidad que mayor mano de obra ocupada presenta en la rama de comercio. Los varones, además de insertarse en este sector, participan en la industria y construcción⁵⁶. Por último, los inmigrantes agrupados en la categoría “otros sudamericanos” muestran una inserción bastante particular: por un lado, se advierte una gran concentración en los servicios (algo más de un tercio de su PEA); por otro, el sector comercio se convierte en uno de los que menor porcentaje de ocupados atrae.

La PEA femenina está claramente concentrada en un sector económico: servicios. Esta actividad absorbe al 38,5% de las bolivianas, 40% de las peruanas, 43% de las argentinas y 48% de las otras sudamericanas. Esta actividad se desarrolla en la mayoría de los casos sin cobertura laboral ni protección social.

La PEA inmigrante muestra una inserción bastante heterogénea en cuanto a las ocupaciones que desempeña. El 20% se encuentra en el grupo de profesionales y el 7% en el de técnicos, con lo cual puede afirmarse que algo más de un cuarto de la PEA inmigrante desarrolla tareas de tipo calificadas. Por otra parte, sólo el 6,4% se encuentra en la categoría de “no calificados”.

⁵⁶ Los datos de un estudio exploratorio ilustran acerca de la inserción laboral de los peruanos: “el 67,1% de los peruanos y peruanas actualmente empleados no tiene contrato de trabajo. Si bien pudiere discutirse esta cifra en cuanto a su proyección hacia el conjunto de los inmigrantes de esta nacionalidad, no cabe duda que la situación es fuente fecunda de injusticias y discriminaciones que atentan contra los derechos humanos laborales de estas personas [...]. En cuanto al tipo de trabajo, en el caso de los hombres, tratándose de actividades regularizadas, un alto porcentaje (27,6%) de los encuestados se dedica a la construcción, y 20,9% a la de empleados de diversas empresas o fábricas. Otros empleos son operarios de máquinas (6%), soldadores (4,5%), garzones de restaurantes y jardineros (3,7%), aseadores, conserjes y vendedores (3,0%)” (CEDLA y otros, 2000).

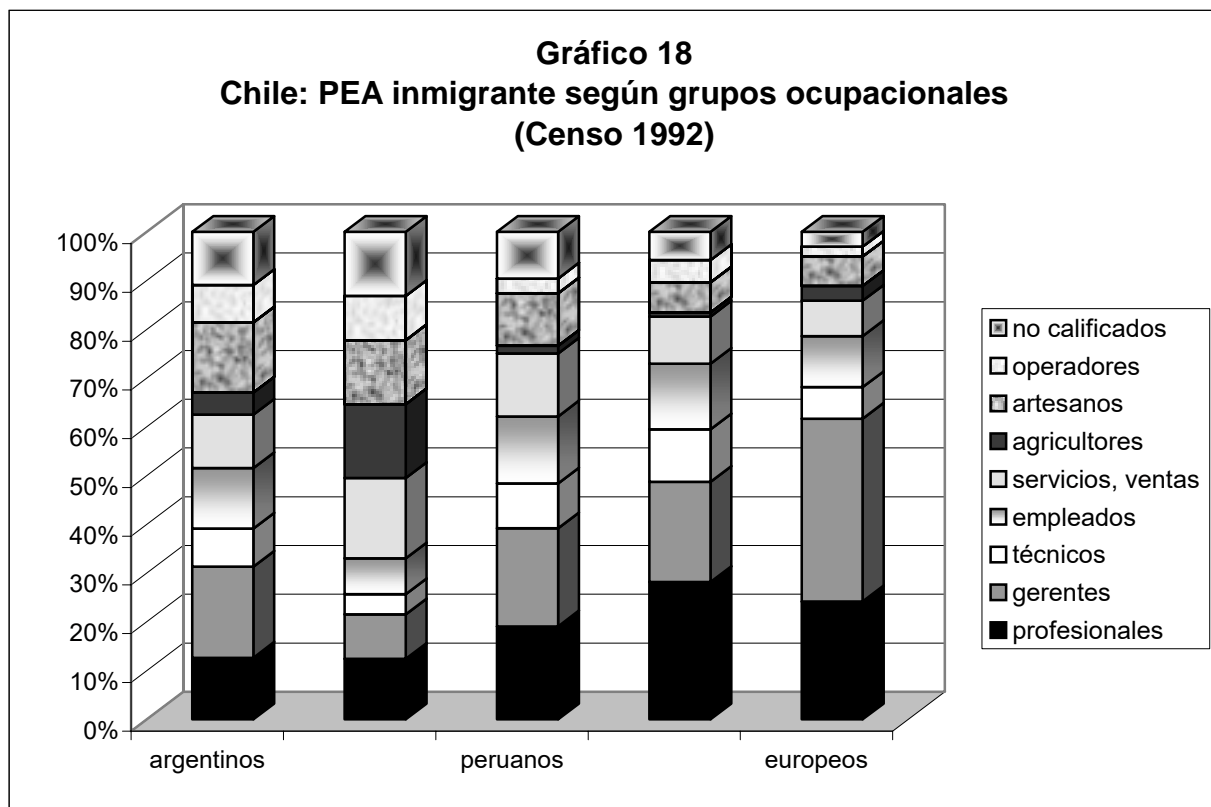


Fuente: Elaborado en base a datos de IMILA, CELADE

Las corrientes migratorias que mayor proporción de profesionales presentan son, en primer lugar, los “otros sudamericanos” y los europeos. En cuanto a los técnicos, son los peruanos y los otros sudamericanos quienes tienen una mayor representación en este grupo ocupacional. Considerando a la inmigración latinoamericana, los inmigrantes que proceden de Brasil, Venezuela, Ecuador, Colombia, Uruguay (nacionalidades agrupadas en otros sudamericanos) y Perú son quienes están mejor posicionados en lo relativo a los grupos ocupacionales. A la inversa, la corriente migratoria que se inserta en menor medida en ocupaciones de mayor calificación, y quienes presentan una mayor proporción de “no calificados”, son los bolivianos y argentinos.

La inmigración en Chile parece presentar una mejor formación laboral que la población total: por ejemplo, en el caso de los argentinos, el porcentaje de profesionales, técnicos y afines sobre la PEA es de 20% y en el caso de la población nativa sólo de 11,4% (Martínez Pizarro, 1997).

Los datos analizados sobre Chile muestran que en 1992 los inmigrantes tenían una muy leve participación en la población total y en la PEA de este país. Los bolivianos son los que mayor participación económica exhiben, superando el porcentaje de actividad de la población total chilena. Mientras la inserción de la PEA inmigrante se produce fundamentalmente en el sector terciario, la PEA total se desempeña en mayor medida en actividades primarias y secundarias. Puede afirmarse que la fuerza de trabajo inmigrante presenta una mayor inserción en los grupos ocupacionales cuyos puestos requieren mayor calificación. Sin embargo, debería considerarse que estos datos corresponden al censo de 1992.



Fuente: Elaborado en base a datos de IMILA, CELADE.

Como información fragmentaria, puede agregarse que, según las visas otorgadas a los inmigrantes peruanos en los últimos años, se observan algunos cambios en la composición laboral de la fuerza de trabajo de esta nacionalidad. En efecto, en 1995 el 21,3% de las visas otorgadas a inmigrantes peruanos correspondían a profesionales, el 16% a técnicos y el 10% a trabajadores manuales. En 1999, se reduce considerablemente la proporción de profesionales y llegan a triplicarse los trabajadores manuales.⁵⁷

En relación a la migración limítrofe en su conjunto, un análisis de las ocupaciones de los solicitantes de visa provenientes de los países vecinos señala que alrededor del 85% de los varones desarrollan actividades relacionadas con: obreros y jornaleros, trabajadores de servicios personales y empleados de oficinas y afines. En el caso de las mujeres, el 90% se concentra en ocupaciones tales como: trabajadores de servicios personales y empleados de oficinas y afines (Chile, Ministerio del Interior, 2003).

⁵⁷ Fundación Instituto de la Mujer, 2002.

Estos datos, por supuesto no generalizables ni comparables con los del censo, parecerían señalar que la inmigración arribada en los últimos años a Chile tendría una calificación laboral asociada en mayor medida a las tareas manuales.